

A la altura de los tiempos

Germán Castro Ibarra

Las tentaciones finisecular son varias y, sobre todo, diversas: buscan seducirnos con artilugios que cubren un amplio espectro: van de lo descaradamente obvio -la parranda del viernes que tu metabolismo registrará como la gota que derramó el vaso, el domingo anómico frente al televisor, la dieta traicionada cada tercer día, en fin-, pasando por la extensa gama de lo vulgar -la canita al aire que produce pandemias de calvicie, la desidia como única rutina, la indiferencia política disfrazada de postura intelectual digna, etcétera- y lo mediocre seguir culpando a Pedro Infante de tu misoginia, a la Malinche de que no puedas pagar tus tarjetas de crédito y mucho menos dejar de usarlas compulsivamente, a doña Sara García y a la educación que te dio tu madre de que sigas soportando a tu marido, al PRI de que sigas aguantándolo, al PAN de que hayas perdido la fe en la democracia, al día que sólo tiene 24 horas de que no cumplas tus deberes-, hasta aparecer apostadas en los terrenos de lo francamente sofisticado. Me parece una evidencia que una de estas tentaciones sofisticadas defin de milenio es, justamente, estar a tono con los tiempos; en particular, resulta tentador -es cómodo y asegura aceptación social e incluso popularidad- rebajarse a la altura de la gran mayoría de los debates que se dan en torno a la cosa pública.

Ciertamente, hoy por hoy es posible truncarle el futuro político a una persona plantándole a tiempo un apodo adecuado, o lograr convencer a la sociedad de que está convencida sobre esto o aquel asunto a punta de spots televisivos medianamente pensados. La tentación es mucha: entrar al debate sobre temas trascendentes esquivando la responsabilidad de la argumentación bien intencionada, utilizando en su lugar frases deboleros famosos, dobles sentidos y alebrijes verbales preferentemente vacíos de significado. Desca-

lificar la postura de quienes opinan que no se debe privatizar la industria eléctrica calificándolos de ignorantes y de mentalidad tropical, o descalificar a quienes opinan que sí se debe privatizar calificándolos de vendepatrias y voceros del neoliberalismo salinista.

Por supuesto, la situación anterior se presenta aparejada de su contrario: si por un lado los grandes temas son debatidos con toda superficialidad, por otra parte día a día uno puede escuchar más y más discusiones concienzudas sobre asuntos cada vez más insustanciales y sosos: disertaciones serias, informadas y profundas sobre si Mejía Barón debió o no meter a Hugo Sánchez en un partido de fútbol que ocurrió hace varios años, controversias más bien profundas en torno a los resultados que a nivel estético se logró con la más reciente cirugía plástica que se le practicó a Lucía Méndez, coloquios organizados de manera espontánea pero exhaustivamente documentados sobre la calidad literaria de Carlos Cuauhtémoc Sánchez ... Los ejemplos sobran.

Y al fin y al cabo uno no es más que un pobre mortal que, sin mucha batalla mediante, termina escuchando el canto de las sirenas y se lanza al ruedo para dialogar socráticamente y a fondo sobre temas tan relevantes como la cara de mala gente, de chueco, que tiene el ex-gobernador de Quintana Roo, hoy prófugo por cierto...; porque en última instancia tal cuestión resulta mucho más entretenida que ingresar a una escabrosa discusión sobre la corrupción hoy prácticamente consustancial al sistema político mexicano. Por ello mismo, el público -concepto en el que todos entramos pero sin que nos duela- le agradece a Vicente Fox que, como diría mi abuela, le dé sus aplacones a Esteban Moctezuma con chascarrillos, o que Cárdenas eluda una discusión seria sobre el neocaudillismo de tercer milenio que hoy vivimos con sólo decirle mentiroso a su cuate Muñoz Ledo. La competencia, es dura, que ni qué: por ejemplo, cómo pude alguien pretender

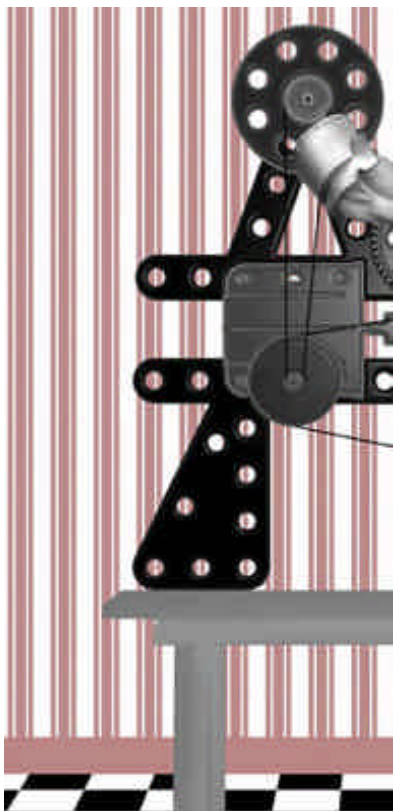
que resulte atractiva una discusión que verse alrededor de la curiosa elección priísta de su actual Secretario General, si estuvo tan divertido el episodio durante el cual Elba E. Gordillo no recordó ni el nombre de su candidato para dicho puesto y, sobre todo, se presta a tantos chistes y hasta albures más o menos refinados; cómo ser popular entre la tropa con temas de conversación como la guerra en Yugoslavia si la sub-20 le metió tres goles a Australia.

Pero, cuidado, los grandes temas de plática referentes simbólicos base de la construcción social de la realidad, podrían decir los que hayan estudiado una maestría- no sólo se pueden dividir en trascendentes y notando, también cada asunto de incumbencia pública tiene sus muchas caras.

Hace unas semanas, el estado de Aguascalientes estuvo a punto de constituirse en una entidad con una suerte horario autónomo. Sin llegar a tales extremos y, supongo, buscando algo así como un justo medio, se optó



Sociólogo por la UNAM y catedrático en la UAA. Actualmente es becario del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes.



por un horario virtual: ni tú ni yo, adelantamos los relojes una hora, pero también recorreremos nuestras actividades otro tanto y aquí, ¡oh, soberano estado de Aguascalientes!, no ha pasado nada. Esta situación ha provocado que todos seamos ahora personajes de una historieta. El asunto es ideal para hacer chistes e invalidar argumentos poniendo las vísceras por delante, es decir, se trata de un tema perfecto para rebajarse a la altura de los tiempos.

- Pero si el esquema de horarios de verano es utilizado con éxito en varios países desde hace muchos años.

- Pues será en otros países, pero aquí en México a mi me gana el hambre.

- A mi me da sueño.

- Yo sufro de jet-lag cuando llego a la oficina.

- Los niños amanecen tristes y con chinguñías.

Entonces aparece el «argumento» del biorritmo trastocado por la burocracia federal, ciega como de costumbre frente a las necesidades del pueblo.

- Pero si la medida implica un ahorro tremendo de energía: mil millones de KWh.

- Y a mi qué..., Yo sigo pagando

igual - y de ahí está fácil seguir por el camino de la corrupción y las transas del gobierno. Las discusiones en las que casi todos participamos antes del 4 de abril en torno a las ventajas y desventajas del horario de verano fueron, en el mejor de los casos, bizantinas; tanto así que no daban para mucho y uno brincaba a otras materias más interesantes a vuelo de mosca. Sin embargo, la adopción del llamado horario virtual reanimó la plática.

- Niños, la próxima cena de año nuevo la vamos a celebrar a las ocho y media de la noche, para no afectar nuestro sagrado biorritmo y llegar metabólicamente a tiempo al tercer milenio.

- Si adelanté una hora mi reloj y además se adelantó una hora la entrada a la escuela, ¿quiere decir que la clase de química está empezando, realmente, no a las nueve sino a las once de la mañana?

- Qué bueno que se adelantó todo, así en la mañana sigo escuchando el canto de los pájaros antes de irme a trabajar, ¡es tan new age!

Además, las agendas de verano con horarios virtuales se complicaron tanto que el tema explotó en mil variantes: por ejemplo, en la universidad, mis alumnos se quejan de que resulta inhumano salir a las diez de la noche, «no es de gente decente», y además los camiones dejan de pasar a las nueve.

- Yo tengo dos trabajos, uno con horario de verano y otro con horario virtual y ya me corrieron de uno.

El gobierno del estado, por su parte, ha difundido la medida con la misma profundidad: «porque tú lo pediste, ¡una hora más!». Así pues, resulta lógico que el horario virtual esté siendo discutido mayoritariamente por su canto más insulso. Si uno recordara que el horario, cualquiera, no es más que un convenio, todas las pláticas en torno al asunto se agotarían, afortunadamente nadie lo hace y entonces podemos seguir en el cotorreo ameno. Sin embargo, el problema que detecto en este caso es otro y es grave. Tras la decisión de adoptar un horario virtual (what ever it means) se encuentra un mecanismo de consulta pública, o al menos eso nos dice el gobierno del estado a través de sus spots radiofónicos: se habla de «la población consensada» y me indican que mis hijas entran a la escuela una

hora más tarde porque yo lo pedí. Es obvio que el gobierno federal no supo consensar y/o imponer adecuadamente el horario de verano. La única encuesta que conozco al respecto fue realizada en marzo por la Universidad de Guadalajara, e indicaba que 7 de cada 10 encuestados no estaba de acuerdo con la medida.

La pregunta que considero relevante plantear en este caso es: si se parte ahora de que todos los asuntos públicos deben ser consensados, ¿contamos con los mecanismos adecuados para hacerlo y superar entonces los esquemas normales de una democracia representativa? Más allá, el nuevo federalismo, que inició como parte del discruso sexenal zedillista y ahora es uno de los dolores de cabeza de la Administración Pública Federal, ¿implica que la cosa pública debe consensarse a todos los niveles de gobierno? ¿Qué alcance deben tener sus resultados?

Personalmente, puedo jurar ante la Guadalupana y arrodillado en la escalinata del Monumento a la Revolución que a mi nadie me preguntó nada. También puedo afirmar que tampoco me hubiera parecido correcto que el gobierno del estado se hubiera gastado una fortuna preguntándole a todos los ciudadanos su opinión sobre este galimatías de horarios. Y aquí, luego de que yo mismo me puse entre la espada y la pared, no me queda más remedio que confesar una convicción personal que, lo sé de antemano, para muchos podrá parecer toda una perversión civil: creo que una de las dos premisas erróneas de la democracia es que la mayoría siempre tiene razón. Si este fuera el caso y así lo pensarán las autoridades de gobierno, por qué no le preguntan a la población si está de acuerdo en pagar impuestos. El episodio quedará atrás y dudo que sea recordado tanto como la decisión de Mejía Barón de no meter a Hugo Sánchez a la cancha, sin embargo, aún nos falta vivir sus secuelas. Una de ellas, enteramente anunciada, es el uso que la oposición eso es el PRI en este estado- le dé al asunto. Más allá del chiste y de las ironías, creo que el riesgo estriba en que una de las lecturas que podrían quedar de esto sea que más vale un gobierno autoritario que uno con ideales democráticos. Vade retro Satana!